

El habitar en la JIMÉNEZ CON SÉPTIMA, de Bogotá. Corporeidad, historia y lugar

Mario Perilla Perilla

*Habiting at the Seventh and Jiménez Street in Bogotá.
Corporeity, History and Place*

Resumen

El documento presenta el hábitat como resultado de la interacción cuerpo y lugar en ámbitos de la corporeidad. Se aborda la construcción del tapiz que constituye el habitar en un espacio significativo de Bogotá, el cruce de la avenida Jiménez con la carrera séptima en los diversos períodos históricos desde el nacimiento de la ciudad hasta hoy, integrando la memoria y la cotidianidad como aspectos inherentes a las vivencias del lugar. Es así como el estudio asume el cuerpo desde su vinculación con el entorno que lo rodea, en terrenos de la percepción, donde, desde los sentidos, se concreta la experiencia y la apropiación configurando el significado del lugar. Una segunda instancia la constituye la corporeidad y así la proyección hacia el Otro, en el espacio público, la calle, contempla la alteridad y la proxemia como aristas de la sociología que impactan el estudio de las prácticas cotidianas del habitar. Se han abordado fuentes históricas, de narración, crónica y literatura en la novela urbana y nueva novela histórica como recurso de soporte que permite delinear, de manera vívida, la experiencia del habitar en cada momento histórico planteado. Así el hábitat constituye la trama que con el soporte de los espacios físicos resultantes de procesos socioculturales configura los territorios tanto físicos como simbólicos e ideales que definen y caracterizan el lugar.

Palabras clave

Habitar, cotidianidad, corporeidad, memoria.

Abstract

The document analyzes the habitat as a result from the interaction between the body and place in scopes of the corporality. The construction of the carpet approaches that constitutes living in a significant space of Bogotá, the crossing of the Jiménez Avenue with Carrera Séptima in the diverse historical periods from the birth of the city until now, integrating memory and the quotidianity like inherent aspects of the experiences of the place. It is as well the study assumes the body from its entailment with the environment, in terms of perception, where from the senses it takes shape the experience and the appropriation forming the meaning of the place. One second instance constitutes the corporeity and thus the projection towards the Other, in the public space, the street, contemplates "alteridad" and "proxemia" like edges of sociology that hit the study of the daily practices of living. Historical sources have been taken boarded, of narration, chronicle and literature in urban novel and new historical novel like support resource that allows to delineate in a vivid way the experience of living at every raised historical moment. The habitat thus constitutes the plot that, with the support of the resulting physical spaces of socio-cultural processes, forms the physical territories as much as symbolic and ideal which define and characterize the place.

Key words

Living, quotidianity, corporeity, memory.

Recibido: 15 de agosto de 2007

Aprobado: 15 de octubre de 2007

1. Introducción

¿Cuál es la confluencia de los ámbitos históricos del habitar en relación con el cuerpo y la construcción del sentido de lugar, en el cruce de la avenida Jiménez con la carrera séptima en Bogotá? Esta pregunta constituyó el punto de partida para la investigación, cuya síntesis constituye este artículo.

El estudio aborda la reflexión hacia la ciudad, Bogotá, específicamente su centro. El punto de análisis, si bien es un cruce específico, no se ve cerrado en sí mismo, sino relacionado con otros lugares que constituyen puntos importantes en la vida urbana de la ciudad y configuran mapas de relaciones en complejos tejidos, tanto físicos como experienciales.

Esta visión está enfocada desde la relación entre el ser humano y el entorno manifestada en las prácticas culturales, con lo cual el habitar se convierte en la manera en que la vida se expresa en un lugar. Como punto central en torno a la conceptualización del habitar se toma la propuesta de Michel de Certeau (1999: 137), para quien el habitar es la práctica cotidiana que se manifiesta en el espacio público, la calle, donde los comportamientos, señales y actitudes, tales como la indumentaria, los gestos, los patrones, los lenguajes o los ritmos son signos de representación en la escena de lo público.

El cuerpo, en una primera dimensión, a través de los órganos de los sentidos, percibe la ciudad en sensaciones precisas y particulares: olores, sonidos e imágenes conforman la red que nace de la ciudad y el habitante registra este tejido en su deambular cotidiano, por los lugares conocidos y reconocidos o extraños y sorprendidos. Michel Serres (2004: 31) aporta una importante reflexión sobre la relación entre los sentidos y el habitar, según la cual la mirada, el tacto y el oído se convierten en los ámbitos para percibir el mundo y experimentar la tangencia entre “el medio y el yo”, donde el cuerpo y el lugar que habita se mezclan. De esta manera, el cuerpo es observado desde la experiencia del lugar, a través de los sentidos, donde el individuo percibe el entorno. En una segunda instancia, en ámbitos de la corporeidad, se parte de la conceptualización del espacio público en el cual la exposición frente a los demás es parte del reconocer y ser reconocido y la corporeidad conforma la manera como se establecen sistemas de cohesión, adhesión, comunicación, exclusión o inclusión. Es así como se establece una segunda mirada del cuerpo, desde una arista de la sociología, donde la alteridad es el puente para situaciones

proxémicas, en ámbitos de la sociabilidad. En este sentido, se toma la reflexión de David le Breton quien manifiesta:

“Existir significa, en primer lugar, moverse en un espacio y un tiempo, transformar el entorno gracias a una suma de gestos eficaces, clasificar y atribuir un valor a los innumerables stimuli del entorno gracias a las actividades perceptivas, dirigir a los demás palabras, pero también gestos y ademanes, un conjunto de rituales corporales que cuentan con la adhesión de los otros. A través de su corporeidad, el hombre hace que el mundo sea la medida de su experiencia” (Breton, 2002: 8).

En esa situación de dialéctica, a través del cuerpo se configura una geografía de lo público, donde la vestimenta, los ademanes y posturas se convierten en maneras de reconocer a los iguales y distinguirse de los no iguales. Este aspecto, en la modernidad se magnifica y el cuerpo se convierte en una forma para ser vestida y proyectar una apariencia acorde con la representación de la escena social. La apariencia, como amalgama de presentación, vestuario y gestualidad será en el espacio público un imperativo y en la ciudad de la modernidad, con el advenimiento de la moda tomará un rol protagónico. Por otra parte, la apariencia no solamente se limita a la indumentaria, sino que también conlleva actitudes, ritmos, maneras de moverse, en fin, una amalgama de signos que configuran las representaciones en la escena urbana. En este sentido, Certeau dice que salir a la calle es un riesgo, en el que ser reconocido es una constante y el cuerpo se convierte en el *pizarrón*, donde se tornan legibles los diversos códigos de la gestualidad, como ciencia de representación del cuerpo. Entre otros aspectos, la apariencia cumple funciones de manifestación del estatus social y permite hacer radiografías de la ocupación o condición económica de la persona; además, se constituye en el medio para clasificar, identificar o separar a los otros. A través de la apariencia se participa del grupo en las llamadas nuevas tribus urbanas, que Maffessoli (1990: 141) identifica en *El tiempo de las tribus*, las cuales además se caracterizan por ser momentáneas, efímeras y cambiantes, en contraposición a la permanencia y estabilidad de la tribu tradicional.

2. El territorio

El centro de Bogotá que antes de la modernidad constituyó la ciudad en sí conlleva en su morfología y sus prácticas cotidianas una serie de manifestaciones que de manera directa impactan el cruce de la avenida Jiménez con carrera séptima, punto central de la cruz que se constituyó como nodo del antiguo centro tradicional de

la ciudad. Si se tiene en cuenta su carácter primigenio, se reconoce como un lugar que posee altos grados de significación, por ser texto de memoria histórica que evidencia las huellas de las diferentes intervenciones que lo han transformado desde la fundación de la ciudad. Henri Lefebvre (1972: 155) manifiesta cómo los centros de las ciudades con sus monumentos, los espacios de encuentro y las múltiples actividades relacionadas con aspectos tanto prácticos como sensibles apoyan el imaginario de sus habitantes y constituyen un lugar privilegiado por la alta carga significativa presente en sus calles, esquinas, edificios y monumentos. Así mismo, dada su heterogeneidad, el centro hoy se ha convertido en un lugar para la experiencia en torno a la ensoñación, entendida esta como la manera en que la gente puede “tejer velos de fantasía en medio de la multitud”, como manifiesta Marshall Berman (1988: 172), lo cual lleva a la configuración de los lugares imaginarios o invisibles. Además, el carácter comercial del centro, que lo ha transformado en una gran vitrina, sumado al carácter de espacio escenográfico se magnifica en la modernidad con la experiencia que significa navegar entre objetos, automóviles, vitrinas, escaparates, música, ruido, luces y miles de símbolos, así como de personas. A las marcas territoriales establecidas en el pasado, se suman las imaginerías publicitarias, soportes del consumo, como práctica que regula gran parte de la vida en la calle hoy y que es la manera en que el mundo occidental actual ritualiza su existencia cotidiana; el centro de la ciudad participa de esa ritualización con un consumo no solamente de objetos materiales sino de lo simbólico; como afirma García Canclini (1995: 101): “son lugares efervescentes de imágenes discontinuas, con mezclas de músicas y relatos diversos, diáfanos sobre el fondo denso externo”.

Por todo lo expuesto, el sitio de estudio propuesto, el cruce de la avenida Jiménez con carrera séptima, en Bogotá, se ha constituido en un lugar de valor nacional de carácter histórico y simbólico. Así mismo configura un sitio importante en la memoria de los bogotanos y es un referente para los colombianos y algunos extranjeros.

Al analizar la memoria del lugar se plantean cuatro etapas históricas que permiten hacer recorridos de consolidación en la construcción del lugar como significado, teniendo en cuenta que la construcción de significados hacia un sitio está permeada por la relación entre el lugar físico y el simbólico, y desde el pasado se van construyendo memorias que se proyectan y, con emergencias paulatinas, constituyen una urdimbre de significados, esencia de la cultura. De esta manera, el cruce de la Jiménez con séptima, se caracteriza por ser un lugar donde la metamorfosis es

evidente y el estudio de su historia es imprescindible para entender su valor como lugar significativo.

3. El cruce y el habitar en la Colonia

En primer lugar, se presenta la Colonia como momento que desde la fundación idealizó en planos un territorio no real. En la implantación, el mundo topográfico fue límite y frontera: al oriente, los cerros; al sur, el río San Agustín, y al norte, el río San Francisco. La consolidación del plano fundacional, en la ciudad real, llegaría lentamente hasta el lugar de estudio, con los albores del cruce en los territorios físico y simbólico. La ciudad de la Colonia se esbozó inicialmente como idea y símbolo en el plano dibujado y después se consolidaría lentamente en el plano físico configurando el territorio que, aprovechando la red comunicacional y los asentamientos aborígenes existentes, daría nacimiento al poblado que constituyó la ciudad de Santafé de Bogotá, como capital del Nuevo Reino de Granada, virreinato español. A partir de la heterogeneidad étnica y cultural se establecerían los primeros aspectos de la experiencia del habitar, en la cual la religión fue, indudablemente, un pilar fundamental para la construcción del territorio y de la vida cotidiana. Se debe recordar que este período, para el caso de análisis, empezaría en 1538 con la fundación tanto real como institucional de la ciudad y llegaría hasta 1810 con las luchas y el logro de la independencia.

La fundación de la ciudad colonial desconoció, en su mayor parte, los hechos físicos construidos existentes, así como la toponimia aborígen. Por otra parte, desde el mundo de las ideas se generaría la ciudad escrituraria que se sobrepondría a la ciudad física y configuraría anillos donde la jerarquización, la segregación y el poder se manifestarían¹. Así, la ciudad física encarnaría por su carácter material procesos continuos de construcción, destrucción, renovación y restauración, de acuerdo con las ideologías de cada momento, mientras que la ciudad de los *signos* se instauraría incluso antes de la existencia real a través de la representación en planos del orden, la acotación y la regulación. En el caso de Santafé de Bogotá, la presencia de estos anillos es evidente y el lugar específico de estudio se delinearía en las fronteras de la ciudad

¹ Ángel Rama (1984: 45) reflexiona sobre cómo en la ciudad americana de la Colonia se perciben dos círculos que rodean el centro donde se desarrolla lo que se denomina la ciudad escrituraria. Así, el más cercano, de tipo urbano, estaba conformado por la plebe de criollos, españoles declasados, mulatos y mestizos; el otro, exterior y difuso, ubicado en los suburbios y extendiéndose al campo, por su parte lo constituía la población indígena o negra. De este modo, los círculos de exclusión marcarían la distribución territorial en las recién fundadas ciudades.

constituida, fuera de sus límites naturales y simbólicos. El río, frontera y límite separaría la ciudad de “el otro lado” como se denominaba en el habla cotidiana a esta parte de la ciudad.

Desde el período colonial se trazaron hitos físicos que a través de las épocas cambiarían para configurar el territorio actual. En primer lugar, está el elemento natural primigenio, el río Viracachá o “resplandor a la luz de la luna”, en su toponimia chibcha original, cuyo nombre se reemplazaría por San Francisco y que no se tomaría como componente paisajístico ni ambiental, poniendo de relieve cómo en la ciudad indiana se manifestó la contraposición plaza-río donde la plaza era el lugar legítimo, mientras el río, por su parte, era lugar oscuro, maldito o diabólico, sitio de la plebe y que escapaba al control. Respecto al río San Francisco existen referencias a hechos de crónica roja en *El Carnero* de Rodríguez Freile (1997: 106), la primera obra narrativa escrita en esta ciudad, con lo cual también se configuraría el lugar como un territorio del miedo.

Otro hito significativo lo constituye la denominada Plaza de las Hierbas, la cual al parecer surgió espontáneamente, es decir, sin estar planeada en el papel, al norte del río, en las afueras de la ciudad². Es marcada su importancia en la generación de un núcleo donde las actividades religiosas y de transacción, así como de comunicación signarían su posterior desarrollo. Inicialmente fue lugar de llegada de los productos agrícolas y artesanales de la comarca, lo cual originó allí el primer mercado importante de la ciudad y de ahí su toponimia. Así mismo, es allí donde se construyó la primera iglesia del poblado, El Humilladero, cuyo nombre deviene del apelativo dado a pequeñas capillas o cruces protectoras emplazadas en las entradas de los pueblos, donde el viajero se hincaba a manera de humillación sagrada al pasar delante. En contornos de la plaza ubicarían sus moradas los personajes importantes de las primeras expediciones conquistadoras con Gonzalo Jiménez de Quesada a la cabeza y es donde se construirían las primeras edificaciones prestantes con

materiales duraderos. Esta plaza conservaría importancia en sus actividades y en la vida significativa de los habitantes hasta 1553 cuando se trasladó el mercado a la plaza mayor, actual plaza de Bolívar. Con el emplazamiento de la iglesia y convento de San Francisco se destacaría aún más el carácter religioso del lugar.

Un tercer elemento importante que confluyó en el lugar es la denominada Calle Real, actual carrera séptima, la cual se configuraba como línea de extensión entre el altozano de la Catedral, al interior de la ciudad legítima y el puente de San Francisco y se proyectaba en el encuentro del aborigen “camino de la sal” al norte. Este eje se convertiría en el sitio de mayor importancia residencial y comercial, con edificaciones, en su mayoría, de dos pisos donde en el primero se localizaban las tiendas selectas y en el segundo, la vivienda de familias prestantes.

La confluencia de estos tres hitos en el cruce del puente con el río determinó lentamente un lugar significativo para la vida de los moradores de la ciudad (Figura 1). Indudablemente, sería, en primer lugar, la religión la que señalaría al cuerpo como depositario de rituales donde la cotidianidad y el acontecimiento extraordinario estarían marcados por calendarios sacros durante el día y el año. Hasta muy entrado el siglo XIX las festividades religiosas fueron importantes y así se referencian en las crónicas de narradores autóctonos y de visitantes extranjeros. La sociabilidad se manifestó de manera importante en inmediaciones del cruce por el poder de atracción de mercado donde una vez cumplido el rito de asistencia matutina a misa, se desplegaba la mezcla social. Campesinos e indígenas con sus productos artesanales o agrarios regateaban con las señoras y caballeros “vecinos” de la ciudad que el día jueves salían a la plaza, cruzando el puente enmarcado por torres donde funcionaban tiendas administradas por la corona. En horas de la tarde, la fiesta se organizaba en las chicherías que fueron surgiendo subrepticamente en las inmediaciones. Estos lugares, vilipendiados desde la oficialidad, constituyeron ámbitos de encuentro de los desclasados; actividades ilícitas como la prostitución marcarían un territorio imaginario en las crónicas y narraciones sobre ellos. Por su parte los vecinos regresarían a la ciudad a departir en las tertulias con las clásicas onces santafereñas. La comunicación constituyó un ámbito importante en la actividad cotidiana la cual se magnificaría los días de mercado ya que se comentaba la noticia de la semana y oficialmente se pegaban mensajes en las esquinas importantes de la Calle Real, costumbre que se mantendría hasta el siglo XIX. Los blasones falsos, el engaño, el repudio al indígena, catalogado como taimado, ladrón y mentiroso, las faenas de engaños

² Al respecto ver Martínez (1983: 27), quien ubica en la Plaza de las Hierbas la primera fundación de Santa Fe de Bogotá, el 6 de agosto de 1538. Vargas (1990: 3), sociólogo e historiador, comenta como esta primera fundación fue considerada como “espuria”, por los legalistas, quienes propugnaron por una fundación con todas las reglas de la metrópoli, la cual se realizó el 27 de abril de 1539. Así mismo manifiesta que allí se realizaba a la llegada de los españoles un importante encuentro de mercado indígena: “Así, en los alrededores de Teusaquillo, versión castellana del vocablo chibcha, se llevaban a cabo transacciones comerciales y además era un centro de congregación poblacional. Tal antecedente prehispánico, pesaría en el futuro para otorgarle el papel de primer mercado público de Santa Fe a la plazuela de las Hierbas”.

amorosos y, ocasionalmente, la crónica roja, constituirían el repertorio que se develaba en la plaza y las esquinas, como dan cuenta los cronistas de la época.



Figura 1. Funerales de un personaje, el Dr. Zaldúa. Congregación en el puente de San Francisco

Fuente: Papel Periódico Ilustrado (p. 139).

Respecto a la percepción del lugar desde la experiencia de los sentidos, hay aproximaciones al lento avance desde el interior de la ciudad hacia el cruce. De este modo, las primeras experiencias sensoriales remiten a un entorno semirural con un lugar descampado, la plaza enmarcada por precarias edificaciones que se van consolidando hasta configurar un marco de plaza con las mejores casas del poblado. El río, al sur de la plaza, con sus arboledas circundantes otorgaba un aire bucólico al lugar como se puede apreciar en grabados y pinturas. En períodos posteriores se levantaría en sus orillas una importante edificación, la sede de las Fábricas Reales la cual cerró la vista del río al tiempo que el puente adquiriría importancia como hito. Hacia el sur, lentamente, la ciudad se aproximaría, para, en la realidad consolidar la ciudad ideal dibujada en los planos. Las cúpulas y torres de las iglesias fueron elementos urbanos destacados con los cerros orientales como cierre de la panorámica.

4. El cruce y el habitar en la República

En una segunda instancia se analiza un período, que, según los historiadores, simplemente se ubica como Siglo XIX, y que comprende desde la independencia, en 1810, hasta inicios del siglo XX. Es un período marcado por la consolidación de un nuevo sistema de gobierno caracterizado por el establecimiento, en las distintas constituciones de una serie de principios básicos que responden al tipo de organización política de carácter republicano basado en la democracia y la elección periódica de presidentes. Ángel Rama (1984) denomina a la ciudad de este período como la *ciudad burguesa*, con lo cual signa un

carácter social, cultural y económico, que se evidenciará en el lugar de estudio. A su vez, Germán Mejía (2000) inscribe a esos momentos como *los años del cambio*, con lo cual también se da cuenta de las grandes transformaciones que marcarían de manera significativa la vida de los habitantes de la ciudad. Para una mayor identificación y su relación con el lugar de estudio se denomina a este período como republicano.

La ciudad colonial tendría pocos cambios significativos hasta mediados del siglo XIX, por lo menos en su fisonomía y costumbres. Pareciera que la conventual ciudad, con su vida apacible y un tanto aletargada empezaría a moverse con la lenta pero firme irrupción de la nueva clase emergente, generalmente, llegada de provincia, antiguos hacendados, convertidos en destacados comerciantes, así como por el libre acceso de indígenas y mestizos, lo que caracterizó la potencialidad de atracción de la ciudad a fines de la Colonia, desde la segunda mitad del siglo XVII.

Es notable el crecimiento demográfico que se produjo en la ciudad y que mostró cómo de una población de 21.394 habitantes en 1801 se llegó a la cifra de 116.951 en 1912, con lo cual se quintuplicó la cifra en tan solo un siglo. Los flujos migratorios determinaron una gran diversidad poblacional en términos culturales. Al respecto dice German Mejía Pavony:

“De una ciudad pequeña de blancos, mestizos, negros e indios, Bogotá se transformó en una densa urbe de ricos, de empleados y de profesionales, además del ejército de pobres y miserables que pulularon por sus calles” (Mejía Pavony, 2000: 228).

Este crecimiento poblacional se dará a la par que la complejidad de la ciudad en términos de actividades y administración, lo cual se traduciría en la heterogeneidad cultural y étnica que se manifestaría especialmente en las áreas centrales de la ciudad.

Por otra parte, el cruce objeto de estudio vería crecer su carácter como nodo de comunicación, ya que sobre la geografía religiosa de la Colonia se impusieron mapas de los recorridos de transporte masivo, con la implementación del tranvía. La vinculación con la expandida ciudad tanto al norte como al occidente se constituyó en un imperativo y, la antigua Calle Real, que desde 1880 aproximadamente se llamaría del Comercio, no trascendería solamente en el centro, sino que aumentaría su potencial por constituirse en importante eje de transporte, el cual se

relacionaría también con la vía hacia occidente, la naciente avenida Jiménez, primero denominada Paseo Colón, al estilo de los bulevares parisenses, y que relacionaba el sector central tradicional, desde la Calle del Comercio, con los alrededores de la Estación de la Sabana.

En ese momento se originó una especulación del suelo en las áreas centrales y, las otrora amplias casonas con huertos y jardines desaparecieron para ser ocupados los espacios vacíos por construcciones que se adosaron a las ya existentes. Por su parte, el centro continuaría siendo el lugar por excelencia de la vida de la ciudad debido a la concentración de poderes ya consolidados y la suma de las emergentes actividades comerciantes y financieras.

Desde ámbitos ideológicos, con un contexto mundial en el cual el romanticismo se encontraba en plena vigencia, con preponderancia de la razón y las sensaciones, se generarían en el país sentimientos nacionalistas unidos en torno a la creación de nación, así como de un orden jurídico y democrático. En materia de arquitectura el orden neoclásico se impondría con lenguajes que en Europa nacieron con intención de subrayar poderes imperiales y en Colombia, al igual que en el resto de Latinoamérica, se asumieron como una manera de lograr actualización y progreso. Así, la europeidad se constituyó en señal de buen gusto y de modernidad y se buscó el cosmopolitismo a través de la arquitectura como puesta escenográfica³.

La imagen del pasado al igual que la arquitectura de la ciudad colonial empezaría a perder su validez y en los discursos de tinte institucional se la mostraría como vieja, antigua, triste, antihigiénica y conventual, “llevaban el sello colonial regrabado en las arrugas de la vejez”, comenta Camacho Roldán (citado por Martínez. 1983: 120) dando a entender que las viejas calles del centro tradicional pedían un cambio.

Ese cambio se manifestaría con especial énfasis en el cruce objeto de estudio. Así, el río San Francisco sería, durante este período, alcantarilla de los desechos ante la ausencia de un sistema integral de alcantarillado. La solu-

ción para evitar epidemias fue la de canalizarlo paulatinamente; el primer tramo intervenido fue el comprendido entre las calles Real y Florián, actuales carrera séptima y octava. Este proceso se empezó en 1886 y hacia 1925 ya el río estaría canalizado en su totalidad. Es de anotar que desde la Colonia, las edificaciones le dieron la espalda al río, por lo cual traspatios y fachadas posteriores llegaron hasta sus riberas, constituyéndose prácticamente en sitios de paso. No ocurre así en las representaciones ya que en narraciones, grabados y primeras fotografías es un elemento que se referenciaría junto con el puente y la iglesia de San Francisco. Aquí vale la pena traer la referencia aportada por el geógrafo alemán Alfred Hettner, quien visitó la ciudad entre 1882 y 1884:

“Sin embargo, hay una excepción en esta disposición concéntrica: sucede que a orillas de los ríos San Francisco y San Agustín, estos ranchos tan humildes vienen avanzando hasta el centro de la capital. Con todo ello [la podredumbre de las alcantarillas], las orillas de las corrientes forman la parte más pintoresca de la ciudad, entendido que en las urbes tal calificación suele darse no a las hileras de casas modernas, sino a sitios intercalados entre la obra humana, que se han reservado a la naturaleza o devuelto a ella por amenazar ruina aquella, o a las construcciones antiguas que por su estilo nos parecen más vinculadas todavía a la naturaleza [sitio espléndido para construir villas]. Pero al bogotano, esto no le agrada. Lo que le interesa es quedarse lo más cerca posible de sus negocios y de los chismes de la ciudad...” (Hettner, citado en Romero, 1990: 205).

Como producto de los cambios y en una manifestación de asentamiento de símbolos del poder institucional, que se trasladarían desde la plaza de Bolívar al cruce de estudio, se levantó en predios del antiguo claustro de San Francisco el denominado Palacio de San Francisco o de la Gobernación de Cundinamarca. En esta edificación, construida entre 1918 y 1933, el arquitecto Gastón Lelarge utilizó un lenguaje neoclásico francés con dos altos pisos rematados por balaustradas y una cornisa al estilo frontón, rematada por dos enormes figuras clásicas representando la paz y el trabajo, dos paradigmas de ese momento. Esta obra sería referencia perceptiva que reemplazó al colonial convento, con lo cual la imagen bucólica y un tanto pueblerina se cambió por una visión elegante, cosmopolita y de vanguardia.

³ Téllez (1979: 505) comenta: “La época republicana le otorgó al arquitecto, al usuario y al ciudadano la posibilidad de la emoción, y el interés visual engendrado por el rescate ecléctico de la decoración arquitectónica y el nuevo repertorio espacial de las construcciones de la época. Lo que se pierde en finura estilística y en buen gusto se gana en sabroso y sensual goce formal”. Es así como se pone de relieve la importancia que se dio a la expresión de la fachada sobre el espacio público y la decoración, a la par con la moda en el vestuario, configurando escenografías acordes con el anhelado cosmopolitismo con aires europeos.

Por su parte, la antigua plaza de San Francisco, sufriría transformaciones que impactaron no solamente su fisonomía sino la vida de los habitantes del lugar. Hacia fines del siglo XIX, estaba delimitada en sus costados por casonas coloniales de dos pisos, el primero, dedicado a comercio, y el segundo, como vivienda de personas ilustres. Siguiendo la moda y la normativa las fachadas se transformarían en un proceso de maquillaje escenográfico con elementos del repertorio neoclásico. Así, los aleros se suprimieron y se adosaron columnas, cornisas y otros elementos decorativos. El espacio abierto de la plaza se intervendrá con la implementación de un parque al “estilo francés”, con vegetación y alumbrado, cerrado por rejas y con accesos controlados. Prácticamente los usos públicos se restringirán hacia los costados, al lado de los paramentos. Así mismo se le dará el nombre de Parque Santander, siguiendo la normativa de otorgar denominaciones que exaltan la patria y sus héroes, a lugares y monumentos públicos.

La colonial Calle Real mantendría su importancia y crecería con su expansión desde la plaza de Bolívar hacia el cruce del puente de San Francisco. Se le denominaría Calle del Comercio o Calle Real del Comercio y a lo largo de su trayecto se encontraba lo más selecto en materia de objetos de consumo. Se privilegió este uso para el sector conocido como Parroquia de San Jorge, al occidente de la calle del Comercio. Allí estarían ubicados almacenes de paños, telas, sombreros, calzado y joyas. Por su parte, la parroquia del Príncipe, al oriente del eje, se caracterizaría por la presencia de talleres de imprenta, primeros periódicos y prestantes planteles de educación con lo cual se reforzaría la presencia de la ciudad letrada que propone Angel Rama. El viajero norteamericano William Duane cuenta su experiencia a lo largo de esta calle:

“Donde se encuentran las mercaderías de mayor lujo y belleza es en la Calle Real, expuestas a la venta en espaciosos locales que ocupan el piso bajo de todas las casas a ambos lados de la rúa, siempre llena de movimiento y actividad. En ellas se acumulan las más finas joyas, cubiertos, sombreros de señora y ropa para ambos sexos y de ahí se distribuyen a todas las comarcas que se extienden al oeste, al sur y al este, en varios centenares de millas y, hasta más allá de Quito. [...] En esta calle existe la única librería que tuve oportunidad de ver en toda Colombia; casi todos los libros eran en francés y algunos en inglés; también muchos de los recientemente editados por las prensas hispanas...” (Duane, citado en Romero, 1990: 42).

Cerrando el panorama de cambios que aproximaron a Bogotá con el sueño de parecer europea se construiría en la esquina suroccidental del cruce el pasaje Rufino Cuervo, uno de los primeros, siguiendo la tendencia francesa. La visión de casonas coloniales colindando con el río se cambiaría por la de un paramento continuo generado por la rigurosa edificación que, como innovación, integraría su interior a la vida de la calle. Otro edificio que formó parte de los cambios en el cruce fue el Hotel Granada, construido hacia 1920, el cual es referenciado como muestra de elegancia y buen gusto de *la belle époque* bogotana (Figura 2). De tendencia francesa renacentista, se construyó donde estuvieran las denominadas fábricas reales, entre la plaza de San Francisco y el río, y se convertiría en centro de reuniones de la burguesía y referencia de encuentro callejero al igual que el atrio de la iglesia de San Francisco.

Perceptivamente, la experiencia de vivir en un poblado semirural con el río, las casonas que lo bordeaban, la vista de los puentes y las arboledas, se cambiaría por la aproximación a la imagen de ciudad europea, con paramentos continuos cerrando las visuales. Poco a poco, la naturaleza retrocedió y solo quedarían como referencia los lejanos cerros o la vegetación que enmarcaba el río San Francisco hacia el occidente. La irrupción de hitos emergentes cambiaría también la referencia significativa construida por generaciones y se manifestaría la sensación de extrañamiento que produce el desarraigo, la ausencia de pasado y la mirada puesta en un incierto futuro⁴. La escala de la calle colonial, de espacios protegidos, sombreados, velados e íntimos sería transformada por entornos de altas edificaciones, con lugares para la multitud y el paso de los tranvías.

Respecto a como se inserta el cuerpo en este nuevo panorama, en él ámbito de la sociabilidad, la apariencia sigue jugando papel importante ya que en ese momento la calle sería lugar para el reconocimiento, el paseo y el deguste. Las diferencias más notorias se darían entre el citadino y el provinciano, siendo este último mirado peyorativamente y calificado como indio o campesino en términos genéricos y despectivos. Era en esos momentos

⁴ Rama (1984: 96) dice: “...la ciudad física, que objetivaba la permanencia del individuo dentro de su contorno, se trasmataba o disolvía, desarraigándolo de la realidad, que era uno de sus constituyentes psíquicos”. Así mismo, el autor plantea cómo estos sucesos no afectarán al recién llegado, el inmigrante, quién apreciará el entorno como algo natural, por el desarraigo que trae consigo y la no experiencia de compartir en común la construcción de significados hacia el lugar. Rama explica el extrañamiento como lo que sienten los habitantes en una ciudad que deja de lado un pasado nostálgico y significativo para embarcarse en el vivir un imprevisible y anhelado mañana.



Figura 2. El Hotel Granada, desde el parque Santander. Postal popular

cuando se hablaba de vestirse para ir al centro con las mejores prendas, antes reservadas para los domingos o para asistir a misa. Igualmente, a los tradicionales usos heredados de la Colonia, como el madrugar para los oficios religiosos, se unirían lentamente los provenientes del comercio, aunque la vida transcurriría tranquilamente y con parsimonia y el deguste por la observación y el encuentro constituirían parte importante de la vida en el lugar.

5. El cruce y el habitar en la modernidad

Un tercer momento en la vida de la ciudad lo constituye la irrupción de la modernidad. Indudablemente, la apertura hacia la economía internacional, así como a las tendencias arquitectónicas y urbanas europeas y norteamericanas, hizo mella en el centro de Bogotá e imprimieron su sello en el lugar. La vida de una ciudad cosmopolita, donde el comercio fue uno de los rasgos más evidentes configura lo que se denomina habitar en el cruce moderno. Dado que se da una lenta transición entre el período precedente y este, se propone un primer momento o *primera modernidad*, como sugiere Silvia Arango (1996: 12), quien sitúa esta manifestación entre 1930 y 1946. En este período, como consecuencia de diversos factores, se impulsó la modernización de la ciudad, desde la arquitectura y el urbanismo, con acciones que se concentrarían, en buena parte, en el antiguo casco tradicional. Al respecto comenta la arquitecta que el centro de la ciudad moderna fue constituido por los ejes de la avenida Jiménez y la carrera séptima como lugares que se convirtieron en representativos de la naciente modernidad en Bogotá. Igualmente sería territorio disputado por los arquitectos y constructores de renombre para aplicar allí los principios de la arquitectura moderna e internacional. Luego se presentaría una consolidación de las influencias

conocidas como internacionales, las cuales prácticamente llegaron hasta mediados de los años setenta del siglo XX.

Por otra parte, la ciudad creció desmesuradamente y la complejidad sería su característica. La falta de visión en su planeación, los vicios administrativos y una clase política acendradamente conservadora impedirían que la visión ideal de la modernidad fuera una realidad social. Entonces, la Bogotá de la modernidad se caracterizaría por la fragmentación del territorio, el desequilibrio en accesos a calidad de vida de sus habitantes, un acelerado crecimiento espontáneo y marginal, la ocupación del espacio público de las áreas centrales por los vendedores informales y la congestión y el caos causado por un sistema de transporte que es dejado en manos de los particulares. Así mismo, la vivienda que hasta momentos precedentes compartió usos con el comercio, sería desplazada hacia los bordes del centro. En esos momentos se vieron drásticas modificaciones en el perfil urbano del centro de la ciudad y en la vida cotidiana del lugar específico de estudio, con períodos de decadencia y abandono, lo cual generó un sitio caótico, peligroso y congestionado y con mellas en las mentes de algunos bogotanos que aún lo consideran como territorio del miedo.

En el ámbito nacional fue un período en el cual la violencia hizo irrupción y, como punto culminante, el magnicidio del 9 de abril fue uno de los detonantes que abriría la entrada de la modernidad al centro de Bogotá y, en particular, al cruce de estudio. El asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán ocurrió precisamente a pocos metros de la esquina suroccidental del cruce, como se recuerda en las placas instaladas sobre los muros. La memoria de este hecho, que muchos califican como punto de

ruptura entre la ciudad del pasado y la contemporánea, aún permanece en quienes sobreviven a las terribles vivencias que afectaron al país entero. Un grupo de seguidores de Gaitán, rememora el hecho, con una cita anual, cada 9 de abril, a la 1.05 minutos de la tarde, hora en que fue asesinado el líder. Las palabras graves de sus discursos surgen de viejos altoparlantes, a la vez que banderas rojas ondean con recuerdos de la Bogotá de antes, la de los cafés y tranvías. El escritor Gabriel García Márquez recoge en sus palabras la esencia de este hecho y su impacto en la ciudad:

“El 9 de abril había trabajado más para el olvido que para la historia. El hotel Granada fue arrasado en su parque Centenario y ya empezaba a crecer en su lugar el edificio demasiado nuevo del Banco de la República. Las antiguas calles de nuestros años no parecían de nadie sin los tranvías iluminados y la calle del crimen histórico había perdido su grandeza en los espacios ganados por los incendios. –Ahora si parece una gran ciudad–, dijo asombrado alguien” (García Márquez, 2002: 510).

Otro aspecto que repercutiría sobre el lugar de estudio sería el relativo a la mercadería de esmeraldas como práctica callejera, que emergería relacionado con la situación violenta y, que en la región de Muzo en Boyacá enfrentó a familias liberales y conservadoras. La extracción ilegal de la piedra, sin ningún control del Estado, precipitó peleas y venganzas que llegaron hasta el mismo cruce de la Jiménez con Séptima, por ser este el enclave de comercialización de la gema. En los años setenta, el cruce de la Jiménez fue lugar del miedo para los bogotanos que no se atrevían a pasar cerca de los esmeralderos, por la peligrosidad de las continuas balaceras. En esos momentos, se daban rodeos para no pasar por la esquina suroccidental, donde todavía hoy permanecen los comerciantes de la piedra. Una descripción de esta tribu urbana se encuentra en el libro *Los esmeralderos*, de Alfonso Sánchez Hilarión:

“Bien vestidos, estrenando, de sport, ninguno usaba abrigo ni paraguas aunque el tiempo estuviera lluvioso. Despiertos y expeditos, entre los dobles de una hoja de papel blanco llevaban una fortuna, que vendían en las oficinas del edificio Henry Faux, donde se cruzaban los guardaespaldas y estacionaban sus camperos. Otros preferían negociarlas en las aceras y cafés entre San Francisco y la plaza de Bolívar. No frecuentaban el café Pasaje, sobre la agradable y limpia plazoleta de ladrillos, porque sus

mesas apeñuscadas y la condición de sus asiduos concurrentes impedían abrir y cerrar y extender las hojas de papel blanco donde más verdes se veían las esmeraldas” (Sánchez Hilarión, 1980: 53).

Aún hoy en día se mantienen residuos del miedo que produjeron los hechos de venganzas, los cuales salen a flote en las conversaciones de quienes han permanecido allí desde esas épocas.

La ciudad de la modernidad hizo irrupción con sus edificios de ascensores, de factura norteamericana, con el comercio y la transacción callejera. La ciudad del trabajo y el transporte sería la que caracterizaría el cruce moderno donde el cuerpo entró en actividad continua y el espacio para el disfrute fue restringido solamente para determinados días. Pero también se consolidó como el lugar de la información, donde desde los años cuarenta, los principales periódicos lo han ocupado, dando cuenta de la importancia de los medios en la construcción del imaginario moderno.

En el ámbito arquitectónico, las referencias historicistas recurrentes en el siglo XIX, se romperían paulatinamente y se aplicaría una geometría ahistórica que negó todo vínculo con la tradición, el cual es el paradigma del lenguaje moderno. Obviamente, la transformación impactó no solamente a la nueva ciudad sino al centro, que sin normativas que impidieran el arrasamiento, vio la irrupción de nuevas edificaciones, donde otrora se levantaron casonas coloniales y magníficos palacetes republicanos, con superficies lisas, sin ornamentos, líneas rectas y regularización en la composición, con un acercamiento a las propuestas de la denominada arquitectura racionalista, con lo cual la modernidad se puso en escena en volúmenes y fachadas y esto transformó el entorno circundante y, por ende, la experiencia del espacio a nivel perceptivo (Fig. 3). Al respecto, vale la pena leer la reflexión que hace Fernández de Alba sobre este proceso que aquejó a casi todas las ciudades especialmente latinoamericanas:

“La arquitectura de la ciudad industrial requería una ruptura con un pasado decadente [...] la ciudad, acotada por las prioridades del Nuevo Espíritu, con los materiales propios de la Revolución Industrial, invadiendo la apacible traza burguesa de la ciudad precedente... Todas las batallas tendían a la reconquista de la vieja ciudad. Su botín, la negación de la memoria histórica y la reducción de los signos sensibles de su iconografía” (Fernández de Alba, 20002: 190-193).



Figura. 3. La avenida Jiménez, hacia los años cincuenta. Postal popular

La idea de monumentalidad se aplicaría en el cruce, con la ampliación de la avenida Jiménez, que se inició con el derrumbe del edificio Pasaje Rufino Cuervo, del cual solamente quedarían los denominados hoy sótanos de la Jiménez. La avenida, con indudable importancia vehicular, inició su configuración en el cruce y tiene como particularidad la forma sinuosa otorgada por los meandros del subterráneo río San Francisco. Al oriente, en el costado sur, se construiría hacia 1930 el edificio Pasaje Santa Fé, con claras tendencias premodernas y mezcla con lenguaje del *Art Decó*. Con intervenciones posteriores hacia 1950, ya la avenida tomaría connotaciones modernas con edificaciones en altura para oficinas, con un lenguaje internacional de líneas rectas verticales, ventanerías modulares, ausencia de ornamentación y recubrimiento en piedra lo cual conferiría unidad al paramento circundante. Como parte de los cambios, en 1957, el hotel Granada fue reemplazado por el edificio del Banco de la República calificado como neofascista por algunos críticos en su momento, hoy monumento arquitectónico y referenciado por los transeúntes como simple, cúbico o geométrico.

El cuerpo, en la modernidad se verá inmerso en un cruce signado por el comercio, aunque permanezca allí como elemento sacro residual el atrio de la iglesia de San Francisco. El lugar sería en primeros momentos de este período ámbito del encuentro, del “Septimazo”, de los fotógrafos callejeros y epicentro de los cafés, que aparecieron con referencias de los tertuliaderos londinenses o parisinos, pero con un claro sello de identidad y serían frecuentados por políticos, periodistas, escritores, pintores y

poetas. El cruce sería epicentro de las actividades propias de un centro cosmopolita y la aceleración constituiría una característica que se sobrepondría sobre la parsimonia del período precedente. Los sonidos e imágenes se sumaron a la percepción del entorno circundante y la piel de las edificaciones fue tatuada por avisos, luces, vitrinas y miles de objetos, con lo cual el cuerpo de la modernidad sería, a la manera de Baudelaire receptor de estímulos y viviría en una “embriaguez perpetua”. Así mismo el centro se constituiría en el territorio por excelencia de la fantasía, en la medida en que cada viandante es un desconocido y puede tejer sus propias historias mentales en torno al lugar. Por otra parte, la cotidianidad fue impactada por el consumo y los horarios se determinarían ya no por las campanadas en las torres de las iglesias sino por las jornadas laborales y el esparcimiento se reservaría para los festivos y domingos. Así, en el cruce, el fluir del agua del río colonial fue reemplazado por el continuo movimiento de cuerpos y la naturaleza cedió su paso definitivamente a la construcción permaneciendo los cerros como referencia lejana al oriente. Como hito de la modernidad el edificio de Avianca, levantado en el sitio donde estuviera el elegante y afrancesado hotel Regina, arrasado por las llamas del Bogotazo, sobre el marco del parque Santander, por muchos años sería el rascacielos más alto del país, capturando la visual sobre la avenida de la República; en la memoria de los bogotanos aún permanece el incendio que lo consumió el 23 de julio de 1973. Como referencia a los cambios en el lugar, dice Elisa Mújica en su obra *Bogotá de las nubes*:

“El presente bogotano ya no brotaba armónicamente del pasado. No existía ligazón. Se había roto. Desde el 9 de abril la carrera séptima perdió su ser natural. Como le pasa a una persona que sufre un accidente y debe someterse a operaciones de cirugía estética, la principal arteria nunca volvió a ser la de antes. El 9 de abril fue el día señalado para que las casas que parecían eternas, cayeran convertidas en pavesas. A fin de reemplazarlas a la calle real se le injertaron parches [...] porque en lo que la ciudad terminó por transformarse fue en un inmenso, infinito comercio [...]. Ahora, centenares de cuerpos insinuantes, a la vista de todos, en las carátulas de las revistas y en los afiches extendidos por el suelo...

Hasta que cae la noche y entonces se desparra- ma el diluvio de seres extraños, tormentosos, que proliferan velozmente como si la Calle Real fuera su núcleo y su caldo de cultivo, su sede y su hogar (Mújica, 1984: 47)”.

Como ilustración de una mirada hacia una ciudad que quiere cambiar se tiene la expresividad de Gabriel García Márquez quien recuerda sus vivencias en el lugar:

“La vida en Colombia, desde muchos puntos de vista, seguía en el siglo XIX. Sobre todo, en la Bogotá lúgubre de los años cuarenta, todavía nostálgica de la Colonia [...]. Para comprobarlo bastaba con sumergirse en el centro neurálgico de la carrera Séptima y la avenida Jiménez de Quesada, bautizado por la desmesura bogotana como la mejor esquina del mundo. Cuando el reloj público de la torre de San Francisco daba las doce del día, los hombres se detenían en la calle o interrumpían la charla en el café para ajustar los relojes con la hora oficial de la iglesia. Alrededor de ese crucero, y en las cuadras adyacentes, estaban los sitios más concurridos donde se citaban dos veces al día los comerciantes, los políticos, los periodistas –y los poetas, por supuesto–, todos de negro hasta los pies vestidos, como el rey nuestro señor don Felipe IV” (García Márquez, 2002: 307).

6. El cruce y el habitar contemporáneo

Para finalizar, se presenta como último eslabón del recorrido histórico la *contemporaneidad*, comprendida esta en términos cronológicos desde mediados de los años

setenta hasta hoy y se caracteriza por la recuperación de la memoria urbana, el rescate ambiental y la búsqueda de prevalencia del individuo en los espacios públicos. Así mismo se relaciona con la tendencia creciente de gestión y venta de imagen de la ciudad donde los espacios centrales de carácter histórico son relevantes en este proceso. Esta situación viene dada desde imperativos globales donde las ciudades compiten por mostrar sus atractivos, ya que hoy la ciudad se vende como proyecto y lugar de turismo e inversión. Por esto, las tendencias de revitalización y rescate de centros históricos van de la mano con los discursos de sostenibilidad. Al igual que Bogotá, este proceso lo viven las ciudades latinoamericanas que, en sus centros, evidencian presencia de períodos históricos pasados, tales como Buenos Aires, Ciudad de México, o la Habana, entre otras⁵. En el lugar de estudio, específicamente, se han generado acciones que se consolidaron en el denominado Plan Centro, en el cual la implementación del Eje Ambiental sería un proyecto determinante en el impacto de la calidad del habitar en el cruce.

Desde la perspectiva histórica occidental contemporánea, donde el consumo es práctica que abarca la mayoría de los aspectos de la vida cotidiana, el centro de la ciudad es el lugar por excelencia donde se manifiesta esta situación. A las marcas territoriales del pasado, con la impronta religiosa de la etapa colonial, la institucional republicana y la comercial de la ciudad moderna, se superponen ahora las imagerías publicitarias en alternancias heterogéneas. Néstor García Canclini (1995: 101) reflexiona sobre esta situación y comenta cómo en los centros de las ciudades latinoamericanas se alternan iglesias del siglo XVII, edificios del siglo XVIII, del XIX y de todas las décadas del siglo XX, interrumpidos o alternados por carteles publicitarios, con imágenes del siglo XXI. Igualmente, dice el autor, allí todo es denso y fragmentado, y el transeúnte, *flaneur* urbano, debe, como buen lector del entorno, plérgarse a los ritmos discontinuos y efímeros.

Siguiendo planes de recuperación en la zona, hacia 1960, se habilitó un espacio de carácter público, la plazoleta del Rosario, unos metros al oriente de la carrera séptima. Para esto se demolieron el sector oriental del pasaje Santafé, así como el Banco Prendario. La plazoleta tomaría su nombre por descubrir la fachada del Colegio del Rosario, uno de los más antiguos de la ciudad, construido en 1658, y que formó parte de la denominada “ciudad escrituraria”. La plazoleta se construyó como búsqueda de

⁵ Respecto a la consideración de contemporaneidad de la ciudad ver: Augé (1995), García Canclini (1995), Gausa (2002) y Leach (1999).



Fig 4. Escena cotidiana en la esquina suroriental del cruce
Fuente: Foto del autor

descongestión de esta parte del centro y para potenciar la visualización del entorno arquitectónico, así como para solucionar problemas de estacionamiento. De esta manera, el antiguo predio colonial que lindaba con la ribera del río, se rompió y se conformó un espacio abierto sobre el cual se destacan la arquitectura colonial del Colegio Mayor del Rosario en el costado sur, la fachada del Edificio Pasaje Santafé, donde está ubicado el referenciado Café Pasaje, al occidente, y al oriente, los edificios Cabal y Riohacha, de volumetrías premodernas, que confieren carácter de unidad al contorno de la plazoleta.

En este período se realizarían obras importantes que incidirían en notables cambios de tipo ambiental. Se recuperaron andenes sobre la Jiménez y se configuró lo que se denomina la Plaza de los Fundadores, espacio comprendido entre las carreras sexta y octava, a lo largo de la avenida. Por otra parte, se declaró como Monumento Nacional el espacio en la avenida Jiménez, con las edificaciones sobre sus dos costados, entre las carreras tercera y novena. Hacia 1990 se recuperaron algunos elementos que hacían parte de la memoria urbana del lugar. Se dejaron al descubierto tramos de los rieles del tranvía, en el cruce de la avenida Jiménez con carrera séptima y se cambió la estructura que permitía el acceso a los sótanos que quedaron del antiguo edificio Rufino Cuervo, por estructuras metálicas de tendencia *Art Decó*, que se emparentan estilísticamente con los primeros accesos a los metros de Londres, París o Nueva York, y se colocaron placas con la antigua toponimia sobre las esquinas del cruce.

Hacia 1995, se potenciaría la recuperación espacial y ambiental, teniendo como eje la avenida Jiménez, desde la Quinta de Bolívar hasta San Victorino o Plaza de Nariño. El denominado Eje Ambiental, proyecto de los arquitectos Rogelio Salmona y Luis Kopeck, influiría notablemente en el cambio y recuperación de los espacios públicos del centro, específicamente el cruce de la Jiménez con Séptima y sus puntos de relación, a lo largo de la avenida. Uno de los referentes históricos de la memoria del lugar, el río San Francisco, otrora Viracachá, sería sacado al espacio público como gesto que buscaría, de alguna manera, limpiar la desidia que lo sepultó. El fluir de sus aguas corre por canales descendentes desde inmediaciones de la Quinta de Bolívar y se detiene en la carrera sexta, para reanudar su marcha en la carrera octava hasta la décima. El Eje Ambiental ha constituido un gran esfuerzo por dar al habitante del centro de ciudad la oportunidad de aproximación a la experiencia estética y significativa de los lugares que así buscan recuperar el espacio en la memoria tanto cultural como social y del individuo y, es reconocido por los paseantes como obra que identifica al lugar.

Con la incorporación del sistema de transporte masivo Transmilenio, el Eje comparte su vocación peatonal con los rojos buses articulados. La estación *Museo del Oro*, hizo su aparición en el año 2004, en el cruce Jiménez con Séptima, impactando el aspecto físico y visual, con la irrupción del lenguaje globalizado de líneas rectas, construcciones limpias, y aluminio plateado y vidrio como materiales que sirven de soporte para imágenes de transpa-

rencia y fluidez. Desde el interior de la estación se tiene una vinculación permanente con la calle, y se dominan las situaciones cotidianas, que por su variedad, diversidad e intensidad son más referenciadas en el costado sur, frente al edificio City Tv. El continuo paso de los buses ya se ha convertido en un referente que hace mella en la memoria del transeúnte y es utilizado como imagen significativa para mostrar a Bogotá como ciudad histórica, con la colonial iglesia de San Francisco al fondo, pero a la vez dinámica con el raudo paso del bus en primer plano.

La vida contemporánea en el cruce ha estado marcada por la diversidad y los multiterritorios. Por un lado, la esquina noroccidental, con la iglesia de San Francisco, territorio religioso que se dinamiza en las fiestas sacras, especialmente en la Semana Santa y la Navidad, lugar amplio y despejado, atrio arrebatado a los vendedores ambulantes a través del control, la norma y la policía; así mismo, los usos restringidos en el antiguo edificio de la Gobernación mantendrán esta zona prácticamente despejada; por otro lado, la esquina nororiental, prácticamente de paso, con la mole del edificio del Banco de la República, con sus cerrados y brillantes muros y cámaras de vigilancia observando al transeúnte, esquina solamente ocupada los días de fiesta por visitantes del centro que despreocupadamente se sientan en sus gradas a tomar helado o simplemente contemplar a los otros rompiendo la rigidez de la semana.

La esquina suroccidental, por su parte, está conformada por el amplio andén del edificio H. Faux, al lado de los accesos de los sótanos de la Jiménez, y se caracteriza por ser territorio de los esmeralderos, desde los años sesenta. Este espacio, entre semana está colmado de hombres vestidos de oscuro semejando *bandadas de buitres*, como describe un viandante, con el consabido temor proveniente de pasadas venganzas y hechos violentos. Además, se constituye como un territorio masculino, que muy pocas mujeres se atreven a romper y a veces es tan densa la concentración que obliga al peatón a caminar por la vía destinada a los vehículos. Sobre esta fachada se ubican locales comerciales ocupados por cafeterías y restaurantes, cuyos clientes asiduos son los vendedores de la gema. De igual manera, las oficinas de los pisos superiores del edificio están ocupadas por empresas comercializadoras de esmeraldas, con lo cual se puede asegurar que el territorio de esta esquina será por bastante tiempo casi exclusivo de esta caracterización.

Y por último, se presenta la esquina suroriental, la de los medios, con el edificio de City Tv, antes de El Tiempo.

Simplemente *city* como dicen quienes se ponen allí la cita de encuentro, lugar llamado por algunos desde mediados del siglo XX, la *mejor esquina de Colombia*, lugar apetecido por los medios de comunicación. Esquina que penetra diariamente a las casas de quienes sintonizan el canal televisivo, a través de la imagen en movimiento de las otras tres esquinas y que alguien denominó la quinta esquina. Es un territorio heterogéneo de esmeralderos, vendedores de minutos de celular, emboladores y voceadores de prensa, pasaje de presentadores de televisión, artistas y gente del *medio*, y paseantes desprevenidos, para quienes esta esquina es nodo de relación con otros lugares del centro. Cada grupo mantiene una ocupación territorial diferente y conforman borrosas zonas que cambian y se metamorfosean, pero que son custodiadas y respetadas. Los vendedores son los habitantes más asiduos y permanecen allí desde tempranas horas hasta siete u ocho de la noche. También se encuentran los cientos de transeúntes, paseantes que allí se dan cita o simplemente hacen un alto para hacer una llamada por celular, para dejar un mensaje en la “City cápsula”, para pasar hacia la estación de Transmilenio o para dirigirse hacia alguno de los puntos clave de relación: el Parque Santander, el parque de Los Periodistas, la carrera décima, San Victorino o la plaza de Bolívar. Pululan también quienes, los domingos, se dan cita para subir a Monserrate, para asistir a los museos de la Candelaria, para ir a la Biblioteca Luis Angel Arango. En diciembre, para ver la iluminación navideña, recorrer la ciclovía nocturna o darse el Septimazo (Figura 4).

Aludiendo a cómo se evidencia la memoria perceptual en el lugar, hay palabras que lo caracterizan y se extraen de las entrevistas realizadas en el trabajo de campo. De la arquitectura se manifiesta que es “hermosa”, “bacana” o “del putas”, aludiendo a una expresividad estética y afectiva, o quienes la califican como “variada”, “un revuelto”, “una combinación atractiva entre lo colonial y lo nuevo” o “seria y oscura”, con los contrastes como característica. Así mismo, el cruce en referencia es descrito como “concurrido”, “congestionado”, “con ritmo muy alto” y “ruidoso”, magnificando la característica del movimiento y la concentración del centro entre semana, o “bonito”, “agradable”, “muy antiguo”, “un lugar de identidad en el centro de Bogotá”, con la mirada puesta en el ambiente y la carga cultural. Se destacan quienes se expresan más allá de simples calificativos como: “Es un tramo colonial donde puedo ver reflejada la Bogotá de hace 80 años, con su arquitectura clásica y sus figuras y formas antiguas”. También se alude al carácter de diversidad en sus habitantes con “un lugar de encuentro de muchas personas, donde hay un canal de Bogotá muy

educativo y además, un poco más arriba, un encuentro de esmeralderos y demás”; “es multiétnico” o “un cruce histórico, un punto neurálgico y la esencia de la ciudad”. Igualmente se destaca el aspecto afectivo en expresiones como: “Es un lugar romántico, me lleva a recordar la vieja Bogotá. En toda la esquina es como una figura de ajedrez, con piezas distintas, que encajan en el juego”, o “Me gusta este lugar por la mezcla de antigüedad, amplitud y modernismo. Me parece rico pasar por ahí y contemplar las onduladas vías del tranvía, serpenteando por entre los rojos adoquines. Bajo por el Eje y casi siempre voy a la novena a comprar hilos y botones”, o bien: “Esta esquina es muy importante para nosotros (una pareja), porque acá nos conocimos”, con lo cual se relaciona el lugar con aspectos personales íntimos y afectivos.

7. Conclusiones

Desde el objetivo planteado, se han consolidado los aspectos inherentes al significado del lugar y su relación con la construcción paulatina del habitar, expresado en la experiencia y expresión cotidianas. Del mismo modo, los cambios físicos del entorno, propiciados por búsquedas institucionales y particulares, con puntales ideológicos evidentes, han impactado las costumbres y al mismo

tiempo han provocado emergencias en consonancia con los cambios. Los ritmos, rutinas y demás acciones en que se ve inmerso el cuerpo en la calle se han amoldado a las circunstancias, lentamente a veces, y abruptamente, otras. La creación de los lugares imaginarios, tanto individual como colectivamente, será transformada desde las intervenciones que afectan el entorno físico, con lo cual no solamente el lugar real será mutado, ya que la memoria, la imaginación y la relación emocional y afectiva con el lugar, esencia del significado de lugar, sufrirán particularmente eso que se denomina “extrañamiento” y que Ángel Rama relaciona con el habitar en la ciudad producto de la modernidad.

Los ámbitos que caracterizan a cada momento histórico, indudablemente relacionados con la complejidad cultural han amoldado las costumbres, y el cuerpo ha sido receptor de ritmos y acciones que se manifiestan con evidencia impactante en la calle. Así, a la impronta de la religión colonial, que marcó tanto territorios como mentes, se han sumado la institucionalidad y contemplación del período republicano, el signo del consumo y la producción de la modernidad, así como la imagen y la hibridez del momento actual.

BIBLIOGRAFÍA

- APRILE GNISET, Jacques (1992): *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Bogotá: Banco Popular.
- (1991): *La ciudad colombiana. Prehispánica, de conquista e indiana*. Bogotá: Banco Popular.
- ARANGO, Silvia (2003): *Arquitectura de la primera modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- AUGE, Marc (1995): *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- BERMAN, Marshall (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- CERTEAU, Michel de (1999): *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- DE LA ROSA, Moisés (1908): *Calles de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Municipal.
- FERNÁNDEZ DE ALBA, Antonio (2002): “Ciudad y patrimonio”, en: *Revista Apuntes*, Vol. 6. No.22. pp. 190-193.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos culturales de la globalización*. Méjico: Editorial Grijalbo.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (2002): *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma.
- GAUSA, Manuel (2002): *Nuevas alternativas, nuevos sistemas*. Barcelona: ACTAR.
- LE BRETON, David (2002): *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- LEACH, Neil (1999): *La an-estética de la arquitectura*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- LEFEBVRE, Henri (1972): *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- MAFFESSOLI, Michel (1990): *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Editorial Icaria.
- MARTÍNEZ, Carlos (1983): *Bogotá, sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Editorial Escala.
- MEJÍA PAVONY, Germán (2000): *Los años del cambio*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología.
- MUJICA, Elisa (1984): *Bogotá de las nubes*. Bogotá: Editorial Tercer Mundo.
- RAMA, Ángel (1984): *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- RODRÍGUEZ FREILE, Juan (1997): *El Carnero*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- ROMERO, Mario Germán (1990): *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. Bogotá: Villegas Editores.
- SÁNCHEZ HILARIÓN, Alfonso (1980): *Los esmeralderos*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- SERRES, Michel (2004): *Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo*. Bogotá: Taurus.
- STUART, John (1989): *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y residencia allí de once meses*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- VARGAS LESMES, Julián (1990): *La sociedad de Santafé colonial*. Bogotá: Centro de Investigaciones y Educación Popular, CINEP.